

maestras en manos infantiles, y que reciben para su diversion y para que los rompan, objetos que antes hubiesen merecido de sus abuelos el ser colocados en la sala y en el lugar preferente de sus casas!....

No comprendemos el lujo desplegado en los juguetes, hoy, de los niños, nosotros que jugábamos con unos marmarrachos de carton ó de pino pintarrajeado, y que nos educamos con el bárbaro refran de que *la letra con sangre entra*.

¿Compárese este tiempo con hoy, que hasta se dan suntuosos bailes de niños!!!...

Y luego se querrá que nuestros hijos no estén hastiados de todo cuando apenas llegan á la pubertad.

La multitud de los gozos mata el placer y las ilusiones de la vida.

En seguida á la izquierda se ve una serie de trages de las provincias de Francia, y de las demás naciones. Allí vimos los pintorescos de nuestra patria, los de Andalucía, Valencia, Cataluña, Asturias, Castilla la Vieja, Galicia; pero sobre todo sobrepujaban en belleza los de Murcia por la riqueza de su trage y por la belleza de sus maniquies, copia exacta de los originales, que cuando se estaban haciendo tuvimos la ocasion de conocer en el año anterior en Murcia.

A la derecha, en Bélgica, nos detuvimos á contemplar extasiados los admirables encajes de Bruselas y de Malinas, salon rico y perfectamente compuesto.—Vimos velos y vestidos de precios fabulosos.—Tambien la España ha figurado notablemente en esta seccion, con sus riquísimas blondas y encajes catalanes y valencianos.

En la parte de la Suecia y á la derecha se veian los pintorescos trages suecos y noruegos.

En un magnifico pabellon vimos despues un gran ramo de flores, cuyo precio era, segun la nota que tenia puesta: de quince mil francos (sesenta mil rs.)

A la derecha seguia despues un *divan turco* con encantadores trages orientales de pintoresca elegancia y deslumbradora riqueza, llamándonos particularmente la atencion los vestidos de Egipto.

En la seccion de América vimos las espléndidas pieles del Canadá; y en la de Inglaterra los hermosísimos chales de lana inglesa, y sobre todo una coleccion de escogidas blondas y encajes ingleses, y trages de encaje con inmensas colas.

Habiamos concluido de dar la vuelta al Palacio de la Exposicion. Nos hallábamos, pues, en el Gran Vestíbulo; de nuevo, atravesémoslo, y entremos en la GALERIA QUINTA, ó la galeria de las *primeras materias*.

Esta galeria es mas particularmente interesante para los fabricantes, para la gente de comercio, y asi es que no nos detendremos mucho en ella para tener tiempo de dar aun un paseito por el Parque viendo algunos edificios, como hicimos en nuestra visita anterior.

Citaremos, pues, á vista de pájaro, la exposicion forestal, los productos agrícolas, las lanas, cueros, pieles, sedas, los tintes y colores de Lyon, para la impresion de telas; las ceras, los productos quimicos y farmacéuticos; los jabones, los minerales, los metales; los hermosos resultados galvanoplásticos.

En Bélgica, la metalurgia de la antigua montaña.

El magnifico azul de Prusia, en la seccion de esta nacion nos llamó la atencion.

Las bujias de Viena nos detuvieron un momento.

En la seccion de Rusia aspiramos con delicioso placer el aroma que exhalaban sus cueros, y admiramos el gran

tamaño de algunos. La Rusia, no tiene rival en este género.

Vimos las primeras materias, espuestas por nuestra nacion, en maderas, espartos, cáñamos y otros efectos.

La Inglaterra tambien ha presentado muchas primeras materias, que hubieran detenido á cualquiera otro mas inteligente que nosotros, que satisfechos con haber recorrido rápidamente esta galeria, nos salimos al Parque.

Nos dirigimos hácia un edificio de severo aspecto y que llamaba la atencion por una suntuosa escalera de treinta escalones de marmol. Era el *templo mejicano*. Otro museo todavia y seguramente de los mas curiosos, en donde Mr. Leon Mehediu, ha reunido no solo antigüedades y actualidades mejicanas, sino colecciones y objetos y fotografias del país y de sus viajes en ambos mundos.

Este museo comprende primeramente un jardinito, y en segundo lugar un vasto edificio cuadrado cuya forma maciza y cuyos muros adornados de figuras de formas raras y estrambóticas y de vivos colores, llaman desde lejos la atencion.

En el jardin hay una tienda elegante de campaña, una estatua de una mujer azteca ó telteca, del tamaño y colores naturales, acostada cerca de la cuna de su hijo: un disco de piedra, que parece sin duda para todos una rueda de molino, empero que tenia en Méjico antes de la conquista por los españoles, un terrible destino.

Dimos cincuenta céntimos, (dos reales) al *caballero* que custodiaba la puerta del templo mejicano y entramos en él.

En la planta baja del edificio se hallan espuestas toda clase de cosas procedentes de las armas, utensilios y muebles mejicanos, animales disecados, modelos de monumentos y una maravillosa coleccion de figurines iluminados representando todos los tipos mejicanos, criollos é indios, hombres y mujeres, soldados y mercaderes y artesanos, todo pintado y bajo la fé de un tal Montanari.

Una ancha escalera de treinta escalones conduce al piso superior, que es el verdadero templo copiado del monumento de Xochicalco, tipo de los antiguos templos mejicanos.

Tengan animo y valor nuestras lectoras..... lo van á necesitar..... el primer objeto que se presenta á su vista apenas han levantado la cortina de este horrible santuario, es un trozo de piedra, un tajo, sobre el que verán una especie de puñal con la hoja de piedra volcánica, una piedra durisima de un matiz verdoso.

¡Es la piedra y el cuchillo de los sacrificios!.... Léan el cartel que hay allí y recuerden la piedra circular que momentos antes han visto en el jardinito.

Aquella piedra era la arena estrecha, el reducido campo de batalla, sobre el que en presencia de los sacerdotes, de los jefes y del pueblo, se verificaba el simulacro de un singular combate. El vencido condenado de antemano era cogido por cuatro sacerdotes, llevado al templo y tendido sobre el tajo. Un quinto verdugo lo ahogaba con un collar de piedra y en seguida el gran sacerdote armado con el cuchillo de piedra volcánica, le hacia por debajo de la última costilla, una ancha incision y arrancaba el corazon palpitante de la victima para ofrecerle al dios.

¡Y qué dios! Allí en el fondo de la sala se encuentra! Es una enorme masa de piedra en donde se ha esculpido una horrenda y asquerosa figura. ¡Esa es la divinidad que honraban los mejicanos, con sacrificios humanos y á la que regalaban pasándole por los labios el corazon, caliente y humeante todavia del infeliz degollado! La sangre ser-

via para alimentar las serpientes y los cocodrilos sagrados.

El centro del santuario, está ocupado por la reproducción en yeso de un monolito circular de cerca de cuatro metros de diámetro encontrado debajo del pavimento de la plaza mayor de Méjico.

Esta piedra es un altar de los templos de Tenochtitlan y delante de él había encendidas perpetuamente seiscientas teas de *ocoto*.

Los indios y las gentes del pueblo de Méjico, todavía en la actualidad usan para alumbrarse de esta madera.

Apartamos con horror nuestra vista de aquel repugnante monumento, y volvimos á bajar los treinta escalones, llena el alma de tristeza con las ideas que nos había suscitado aquel inmundo altar.

En el jardinito quisimos entrar en el pabellon ó tienda de campaña, que nós había llamado la atención antes de subir al templo.

En aquel pabellon había tambien una terrible historia, historia de lágrimas y de sangre, verificada pocos meses antes.

En aquel pabellon á donde á nosotros se nos permitia



Templo mejicano.

por un momento descansar, descansaba en Méjico una mujer hermosa, una mártir del corazón, la archiduquesa Carlota, la emperatriz de Méjico!... ¡esa ilustre loca que aun en su delirio y desde el fondo del Austria, privada de razón aguarda la vuelta de un esposo, y no verá volver sino un cadáver traspasadas sus sienes por las balas de los sicarios viles de Juarez! La corona de Méjico es fatal; no ha podido nunca sostenerse en sien alguna, desde que la revolucion la arrancó de la de los sucesores de Carlos V.

Fué sangrienta para Itúrbide, ha sido sangrienta para Maximiliano y sabe Dios para que otra cabeza podrá ser aun sangrienta en el porvenir.

Llenos de las melancólicas ideas que nos inspiraba aquella tienda levantada en otras regiones para el descanso de una emperatriz, nos apresuramos á dejar aquel funesto pabellon y á salir del parque y mezclarnos con la inmensa muchedumbre, que cual las oleadas de un inmenso océano, se precipitaban alegres sobre París, la ciudad de las fiestas, de los encantos y de los placeres.

Otro día llevaremos á nuestros lectores á visitar las dos galerías que aun nos quedan, terminando nuestra visita á la Exposición Universal.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL CONSERVATORIO DE ARTES Y OFICIOS.



Sala de la Biblioteca.

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 34

El Conservatorio de artes y oficios se fundó en París en el año 1794, por la Convencion, á propuesta del abad Gregorio, antiguo obispo de Blois, y se estableció en la abadía de San Martin de los Campos, que se libró por esta circunstancia del vandalismo revolucionario.

El primer pensamiento de un Conservatorio de artes y oficios pertenece á Luis XVI, á quien Vaucanson habia legado en 1782 su coleccion de máquinas. Desgraciadamente las agitaciones de su reinado impidieron al desventurado monarca dar cima á su proyecto.

A la coleccion de Vaucanson, que formó la base del establecimiento, vino á juntarse en 1803 el magnifico gabinete de Mr. Charles, uno de los mas ricos de Europa. En 1810, el emperador Napoleon I fundó en el Conservatorio de artes y oficios una escuela gratuita para los obreros jóvenes, y en 1819 se crearon tres cátedras: economia industrial, química y mecánica aplicada á las artes.

Hoy día se dan en el Conservatorio catorce enseñanzas diferentes, públicas y gratuitas, y las cátedras se ven ocupadas por ilustres sabios pertenecientes casi todos á el Instituto.

Numerosas piezas, galerías y salas contienen las inmensas riquezas de tan precioso depósito; es decir, todas las máquinas y aparatos de la industria humana, desde los mas sencillos y primitivos á los mas complicados auxiliares de los adelantos modernos. Una de las piezas mas bellas que el edificio encierra es la que sirve de biblioteca, cuyo grabado presentamos á nuestros lectores, siendo notable tambien por las muchas y muy buenas obras que encierra. El patio presenta un magnifico vestibulo, construido bajo la forma de los del Palacio Real. Al pié de la escalera existe un magnifico eco, que permite á dos personas colocadas al extremo de la sala comunicarse perfectamente en voz baja.

Desde 1848 se vienen depositando en el Conservatorio las medidas legales que existen en Francia. El Conservatorio está hoy en día bajo la direccion del general Morin, y reúne en el personal de sus representantes á los hombres cuyos trabajos los han colocado á la cabeza de las diversas ramas de la ciencia, lo que hace que sea un establecimiento único en Europa y envidiado de todo el mundo.

Hace poco el edificio se encontraba confundido entre mezquinos edificios y rodeados de tortuosas é inmundas callejuelas. Hoy gracias, á la actividad del municipio de París, el edificio está aislado, convenientemente restaurado y con todo el brillo que la adelantada Francia consagra en esta época á cuanto á la industria se refiere. Ayer era un edificio desconocido, hoy es un establecimiento abierto á la ciencia en general; escuela práctica é histórica del desarrollo industrial de la humanidad.

F. ***

ANTONIO EL RENEGADO (1).

V.

Dejamos al antiguo corsario Reduan viviendo feliz y bien mirado en la tierra española, gracias á la ejemplar conducta con que procuraba desvanecer los recuerdos de

(1) Véase la página 229.

sus antiguas piraterías al servicio de los infieles. Residia con Margarita en la deliciosa Málaga, pues si bien absuelto de sus malos hechos hubiera gozado en Veramar la consideracion anexa á los bienes de su esposa, temió con fundamento ser blanco de la ojeriza comun, á causa de los daños ocasionados al pueblo en el asalto nocturno de que dimos cuenta al principiar esta leyenda.

Aunque retraído en el hogar doméstico, cuidando solo satisfacer los antojos de su querida compañera, deslíz harto lamentable en hombre de tan arrojado carácter, llegó una ocasion en que la pública fama vino á turbar la paz tranquila que adormecido disfrutaba. Terribles nuevas circulaban con la rapidez del viento por campos y ciudades. Se hablaba de un aliado poderoso que arrojando la máscara de amistad con que se habia disfrazado hasta entonces, ocupaba como dueño importantes fortalezas, merced á indignas supercherías; hubo quien dijo que la villa de Madrid, sin contar el número ni calidad de los enemigos, lanzó á costa de infinitas victimas, el primer grito contra el opresor desatentado, y hasta llegaron los mas cavilosos á suponer que un monarca extranjero escoltado por cien falanges triunfantes de la Europa entera meditaba sentarse en el trono de San Fernando. El tiempo justificó de ciertos los rumores de la voz pública, y entonces un gemido de rabia y dolor profundo se oyó de Calpe al Pirineo, cual si la patria herida en el corazon demandase el auxilio de sus hijos. Estos escucharon su queja, y creciendo su valor con el peligro de la situacion, ni la sorpresa disminuyó su brio, ni la falta de medios fué obstáculo que los contuviese. Ellos darán á miserables tapias la importancia de plazas de primer orden; los anchos páramos del centro de la Península, las cordilleras que cruzan su territorio, se han de convertir en base de graves operaciones militares, y si faltasen armas adecuadas, los ásperos robles y las duras peñas han de ofrecerlas abundantes al robusto brazo y ánimo alentado de aquella gente alzada en defensa de sus altares y territorio. En cuanto á ropas y mantenimientos por afrenta hubieran tenido el pensar en una ó otra cosa: flacos y desnudos hallarán en los almacenes contrarios donde satisfacer su necesidad.

Antonio fué de los primeros que corrieron á alistarse bajo las banderas de la independencia; combatió en Bailén, y siguiendo las vicisitudes de aquella campaña comenzada bajo auspicios tan venturosos y terminada de una manera harto desgraciada, se distinguió entre los mas valientes, consiguiendo á poco ser ascendido á capitán de infantería.

Andando el tiempo fué destinado con su regimiento á guarnecer una ciudad de Aragon amenazada de cerca por el enemigo, llevando consigo á Margarita que nunca quiso apartarse de su lado, con gran complacencia de su esposo y no poco solaz de los demás compañeros de armas, pues la jóven era donosa y gentil, de natural donaire y no poco gracejo para amenizar los ocios del campamento. Tales dotes contribuyeron al principio á llamar hácia su persona las atenciones del coronel de su marido, pundonoroso militar, á quien las lides amatorias en nada embargaban para cumplir con los deberes de su cargo. Agradeció la dama las finezas del galán, usando para ello demostraciones mas espresivas de lo que á su decoro cumplia; acogió el alumno de Belona la ocasion que á la mano se le presentaba, y de una en otra plática, vió rendida la fortaleza sin otra pérdida que algunas palabras vanas y no largo tiempo de asedio, prueba segura de la floja resistencia y poca firmeza de la plaza.

Así fué como el indómito pirata se vió trasformado por una mujer veleidosa en la fábula de oficiales y soldados, sin que nadie fuera bastante audaz para motejar su afrenta, pues convencido estaba cada cual y todos juntos, que sin razon ó con ella aventuraba la vida el que á tanto se hubiera resuelto, aumentándose con la ignorancia del ofendido la impunidad de los delincuentes, en términos que juzgaban todo recato ocioso en vista de que la buena fortuna ayudaba sus malas acciones.

Mas no contaban, ciegos en su loco extravío, con el delicado sentimiento de propia dignidad tan arraigado en España, que hace al miserable pordiosero tener en menos al título de mayor renombre cuando su conducta no parece limpia de toda sospecha de ruindad ó bajeza. En ninguna parte tiene aplicacion tan exacta el proverbio francés *No-bleza obliga*; los blasones mas ilustres, la riqueza y cargos honoríficos acumulados sobre una persona á quien pueda achacarse haber quebrantado las leyes del pundonor, lejos de aumentar el público respeto, serán un sanbenito de afrenta adecuado para mejor atraer el desprecio comun. Lograrán, si, numerosa cohorte de lisonjeros interesados en acrecentar sus medros á la sombra del afortunado, ó plebe servil avasallada por el temor de sufrir daños en hacienda y vida, pero nunca la estimacion general ni el respeto que á la virtud se concede, aun á despecho del interés privado.

Estas razones movieron á los compañeros y subordinados de Antonio á negarle el trato y consideracion debida, en cuantos lances se presentaban de hacerlo sin manifestar á las claras el desprecio que les inspiraba, aunque no se rebozó tanto el disimulo que dejase de advertir nuestro capitán lo mucho que habia mermado en el aprecio comun, por mas que de nada pudiese acusarse en mengua de la buena fama. Inquieto á vueltas de afrentosa incertidumbre acertó á encontrar uno de los que fueron amigos suyos en paraje retirado, y llamándole con reserva donde nadie pudiera interrumpirles, quiso apurar de una vez la causa de su molesta cavilacion interrogando á quien suponía capaz de resolverla.

—Dime, preguntó, ¿qué cosa tan divertida encontrais pintada en mi rostro desde hace poco para no poder contener la risa despues de haberme contemplado, cuando por ventura no evitais encontraros conmigo? ¿Soy acaso algun bobo de entremés ó estoy atacado de la peste? ¡Por Dios que una vez harto de sufrir demasias, en la ocasion menos pensada he de hacer un escarmiento ejemplar entre sándios burladores! Tú puedes evitarlo, amigo mio, y con esa intencion apelo á tu corazon leal incapaz de abrigar una mentira, á fin de saber los medios oportunos de cortar el mal en su principio. Habla con franca libertad, y si la culpa está de parte mia, á tus consejos seguirá una enmienda completa y el agradecimiento eterno por haberme devuelto la tranquilidad perdida.

Quedóse un rato esperando la contestacion de su compañero, hasta que al cabo viéndole atusar el bigote distraidamente con la vista fija en el suelo sin dar muestras de romper el silencio, volvió á decirle cada vez mas enojado:

—¿Qué piensas? ¿Te has vuelto mudo?

—Pienso, respondió el oficial, que debes buscar persona mas diestra para resolver tus dudas, porque yo no me creo capaz de hacerlo sin que á la postre saliesen á relucir las espadas, y, la verdad, sentiria reñir contigo.

—¿Con qué tan amargo será el desengaño?

—Tan áspero como esa condenada cerveza que tanto gusta á los franceses.

—¿Y tú, en quién yo cifraba mi esperanza, te acobardas?..

—Acobardarme, nunca, voto á San Jaime, sino que para responderte seria preciso llamar las cosas por su nombre y decir: mira, Antonio, tu mujer....

—¡Cesa, cesa, gritó el corsario fuera de tino, porque hay palabras que imaginadas quitan el sentido, pero si una vez se pronuncian llevan la muerte consigo!

—Eso es lo que yo decia, contestó el compañero con calma.

—Por favor, amigo, ¿en dónde y cuándo podré tener evidencia de mi afrenta?

—Cualquier noche que te halles de servicio, acude á tu alojamiento despues de las doce: busca y hallarás. Con esto he dicho demasiado.

—Gracias: estrecha mi mano en prueba de amistad.

—Por ahora suspendamos esa demostracion, cuando hayas disipado las sombras que oscurecen tu pundonor, yo iré á ofrecerte la mia.

Diciendo así volvió la espalda sin aguardar á mas.

—¡Es cierto! quedó diciendo Antonio; soy un padron de infamia para cualquier hombre de bien; el asunto no admite duda, ni treguas el aplicar remedio. Animo, corazon, no me abandones en la prueba á que te voy á someter.

Al día siguiente debía el burlado esposo dar la guardia en una de las obras exteriores y juzgó la ocasion oportuna para salir de la situacion vergonzosa en que se hallaba. A nadie quiso rogar ocupase su puesto; no de la mayor importancia, si bien su abandono al frente del enemigo constituía una falta grave. Vino la noche: pasaron lentas sus primeras horas y antes de mediar su término, embozado y guardando bajo la capa el acero que juró no sacar sin razon ni envainar sin honor, en cumplimiento de la leyenda que grabada tenia, se dirigió en silencio al piso bajo de la casa en que moraba, é hizo que le abrieran y colocasen con el mayor silencio en una pieza con ventana al zaguan, donde, despues de haber apercibido á los patrones que todo se hacia en obsequio del real servicio, apagó la luz y esperó en la oscuridad los acontecimientos, sin preguntar nada ni admitir reflexion alguna, antes bien amenazando con la pena de los traidores al que moviese ruido capaz de alterar el sosiego que se notaba en todo el contorno, ó por su mal llevase la curiosidad hasta el punto de querer entrar en averiguaciones.

Corto espacio despues se oyó en el porton un leve golpe y bajar las escaleras la doncella de Margarita, que abriendo el postigo alumbró al coronel, no tan bien disfrazado que dejase de reconocerle su ofendido subalterno, á quien palpitaba el corazon casi en términos de sofocarle, viendo al aborrecido ladron de su honra subir los escalones con rapidez y alegría hasta cruzar los umbrales de la esposa infiel sin estrañeza ni detencion, como esperado galan que marcha por senda hollada, donde no aguarda encontrar tropiezo alguno.

Volvió á reinar la misma oscuridad, el mismo silencio, que apenas interrumpió el ruido seco y estridente que hizo el cerrarse la puerta de la mujer adúltera.

Aun tuvo Antonio sufrimiento para detenerse un corto rato, apoyada la frente en el marco de la ventana. Creyó algun momento que sus sienes iban á estallar; pero dominando su emocion se alzó terrible, siguió el camino que antes recorriera su jefe, llamó á su habitacion como lo tenia de costumbre y contestó de igual manera, sin mani-

festar enfado por lo mucho que tardaron en abrirle, hasta que ya dentro, dió vuelta á la llave, guardándosela en el bolsillo, y desnudó la espada con ademán tan fiero que la criada rompió en exclamaciones á las cuales acudió su ama casi desnuda, afectando inocente sorpresa de ver llegar á su marido tan á deshora é inmutado.

—Mala mujer, exclamó éste cogiéndola por el cuello, ¿dónde ocultas al rufián de quien eres barragana?

Margarita perdió el conocimiento: la doncella, trémula de terror, estaba incapáz de responder.

—¡Infames! prosiguió Antonio, el delito os confunde; pero no he menester vuestra denuncia.

Respirando venganza y muerte siguió por los recios aposentos, no dejando mueble por examinar ni cortina ó repostero que no levantase en busca del aborrecido objeto de su cólera, pero en vano; se le ocultaba sin saber en donde, pues ninguna salida tenía la habitación si no la de que él guardaba la llave.

—¡Ira de Dios! blasfemó ¿dónde te escondes, cobarde seductor? ¿Saldré de aquí burlado despues de haber revuelto la casa cual un marido vulgar? Pero, no, no, el infierno me ayuda.

Corrió al decir esto hacía unas esteras enrolladas que se apoyaban derechas contra la pared en una pieza escusada, y en las que advirtió un ligero movimiento.

Tres veces, con impulso febril, introdujo su espada entre las tejidas pleitas y otras tantas notó su mano la resistencia de las carnes al rasgarse y deleitó su oído el crujir de los huesos y los gemidos de una víctima sacrificada sin defensa.

Al abandonar aquel sitio, sus piés iban dejando la sangrienta huella del charco en que se habían bañado.

Sin articular palabra, frunció el ceño y pasos designales volvió donde Margarita yacía desmayada, travóla del brazo alzándola en peso, resuelto á sepultar en su pecho el hierro vengador, que tibio y empañado apretaba con furia insana, pero al descargar el golpe, una sonrisa convulsiva descompuso su airada fisonomía.

—¡Es una débil mujer! balbuceó con trabajoso acento; el ladrón de la honra agra merecé la muerte, ella la infamia y el desprecio.

Diciendo así la dejó caer sobre el pavimento, saliendo a la calle y luego al campo, en dirección á las avanzadas enemigas.

La pluma se resiste á consignar los pormenores de una vileza.

Al día siguiente el ejército francés contaba un número mas en sus filas y la España un traidor entre sus hijos.

VI.

Agobiado por su delito y mal contento de sí mismo, acompañó Antonio á las huestes invasoras, hasta poner sitio á la importante plaza de Tarragona, cuartel general y base de operaciones de los españoles en el principado de Cataluña.

El 4 de mayo de 1811 dieron los franceses la primer embestida á los fuertes del recinto exterior, que sucesivamente aunque á mucha costa, fueron cayendo en su poder á pesar de la heroica resistencia de sus defensores.

La mañana del 28 de junio dispuso el general Suchet, ya terminados los trabajos de la última paralela, se rompiese el fuego de brecha contra la batería del frente de San Juan.

Fué la noche anterior plácida y serena, iluminaba el campo la plateada luna con su misteriosa luz. De guardia el traidor Antonio en uno de los puestos avanzados, contemplaba sentado sobre un haz de fagina el débil recinto que rodeaba la ciudad tras del cual se albergaban los bizarros batallones, que al día siguiente habian de sellar con su sangre el juramento que hicieron de morir en defensa de las sagradas leyes de la patria. La fresca brisa del mar agitaba la bandera española aferrada sobre los baluartes á pesar de los aprestos bélicos allegados en contra suya. Menos pertrechos y almacenes, no tan esclarecido caudillo necesitaron las tropas imperiales para domeñar á naciones enteras que los amontonados en aquel sitio. Cuando la enseña de la independencia caiga destrozada á impulso de innumerables fuerzas, el honor de la jornada ha de ser para los vencidos, á quienes émulo de su gloria imitarán contra el soberbio vencedor los pueblos que antes le pagaban tributo.

Presa el desertor de una violenta calentura recordaba el pasado y temblaba del porvenir, creyéndose abandonado de Dios y de los hombres, á merced de una fatalidad terrible que de uno en otro precipicio le habia sepultado en el insondable abismo de donde ya no le sería posible salir. ¡Lastimosa obcecación! ¿Quién sino su necia liviandad le condujo por vez primera entre las redes de la inconstante Margarita de donde salió dejando en ellas, crédito y conciencia para volver, ciego á fuer de estúpido, á recoger por esposa á la que fué su dama en tan mal hora?

Abstraído en su pensamiento paseaba sin dirección, cuando tropezó en un objeto blando y pesado que le hizo caer á la orilla del foso. Levantóse al punto, erizado el cabello y sobrecogido por el espanto al ver un cadáver con el cráneo hecho pedazos interpuesto en su camino. Era el cuerpo de un español que se atrevió aquella mañana á salir de la plaza con dirección á Vendrell, donde habia llegado el general Campoverde, á escitarle á moverse en socorro de Tarragona en vista de lo apurado de las circunstancias. Detenido por las patrullas enemigas prefirió ser fusilado á las recompensas que le ofrecían si revelaba los pormenores de su comision. Allí yacía cual mudo acusador contra la conducta de Antonio: al contemplarle perdió la calma que le restaba y pesándole la vida resolvió imponerse á la faz de unos y otros contendientes el castigo reservado á los criminales de su clase. Loco desvario, hijo mas bien de orgulloso abatimiento que propio de quien nació con honra.

En esto un prolongado toque de diana esparció en el campamento el bullicio militar apaciguado durante la noche; los escuchas se replegaron á sus cuerpos de guardia, y todos los puestos situados al frente de la línea, fueron á colocarse en las columnas de ataque situadas á espaldas de las baterías de sitio. Un nutrido é incesante fuego rompió contra la plaza para no suspenderse hasta las cinco de la tarde, hora en que aportillado el muro quedó en disposición de ser acometido. Resuelto el valiente gobernador Senen de Contreras á defender la ciudad palmo á palmo, forma detrás de la brecha un regimiento y dos batallones de granaderos, que auxiliados por la artillería se preparan á rechazar el asalto. Por dos veces fueron ahuyentados los invasores del ancho boqueron, cundiendo en ellos tal pánico que vacilan en obedecer la órden que les manda verificar la tercer embestida. En vano acuden nuevos refuerzos apoyados por la reserva. Los ayudantes del general Suchet se colocan en el sitio de mayor peligro, fórmase una especie de batallón sagrado compuesto de oficiales y avanzan á

la carga en direccion al noble muro, tras el que les aguarda una muerte probable. Antonio se adelanta á los mas ligeros, en vano le mandan retroceder, uno y otro bando admiran su temerario arrojo; por un momento alta y descubierta la frente, pálido el semblante, solo, cuando todos estrechan las distancias buscando apoyo, parece al genio de la destruccion gozándose en el estrago comun. Pero el fuego se acrecienta de nuevo y una nube de humo envuelve al tráfuga.

Al dia siguiente fué recogido casi deshecho por la metralla, para ser quemado con los muchos miles de cadáveres que resultaron de aquella faccion de guerra. Entre los franceses apenas duró su memoria; los españoles cuando supieron su fin, le atribuyeron á inspiracion diabólica en justo castigo de sus malas acciones.

La espiacion de Margarita tuvo mas de larga y dolorosa. Sometida á una causa criminal á consecuencia del asesinato verificado por culpa suya, le fueron impuestos ocho años de trabajos forzados. Con tal motivo y el secuestro que sufrieron sus bienes hasta poner en claro si debian responder á la infidencia de su esposo, quedó reducida á la mayor pobreza. Este crisol, origen de gloria inmarcesible para las almas grandes, lo fué de humillacion y afrenta para la que solo aspiraba á los goces que la sensualidad proporciona. Sus aventuras desde que se vió en libertad no fueron otras que las comunes á las infelices anotadas con padron de infamia. Inútil fuera descender á referirlas á quien pueda recordar los continuos ejemplos de esta clase que por desgracia ha ofrecido la sociedad en todas épocas y lugares, y los que tengan la suerte de ignorarlos nada perderán en ello.

Por los años de 1827 recorría los cafés de Barcelona unida á una cuadrilla de cantores ambulantes. Hubiera sido imposible adivinar en aquella mujer grosera, de mirada torva, voz enronquecida por la crápula y los escesos, á la graciosa jóven de otros tiempos. A pesar de todo, allí la reconoció el autor de la presente historia, que me permite reproducir como testimonio del castigo reservado siempre al mal proceder.

DIONISIO CHAULIÉ.

DE LAS ABLUCIONES Y DE LOS BAÑOS.

Entre lo físico y lo moral median relaciones tan íntimas en todos los actos de nuestra vida, que no parece muy fácil ni hacedero separar la idea, que comprende ambas cosas á un tiempo. Este principio, tan cierto como invariable, se manifiesta con mas fuerza aun en las sensaciones que recibimos de los objetos exteriores. Un hombre que no tiene expansion de afectos, que habla mirando torvamente ó de soslayo, que tiene en su fisonomía algo de oscuro y tético, nos inspira desconfianza, porque nos parece que su aspecto lleva el sello de la maldad, y de un alma depravada y corrompida. Pero esta relacion tan íntima entre lo físico y lo moral, se revela con mas eficacia y energia en todos los actos de la vida que parecen un reflejo misterioso de aquella pureza que da á nuestra conciencia paz y serenidad.

Habiéndonos, pues, propuesto hablar en este artículo

de los baños, juzgamos muy del caso, ante todo, dar á los lectores una idea rápida y fugaz de las abluciones consideradas desde la mas remota antigüedad, como un medio de purificacion de nuestras culpas, y como una ceremonia religiosa de la que trajeron origen los baños.

En el Oriente, cuna de la humana estirpe, y la primera parte de mundo, en que el hombre corrompido, separándose de la senda trazada por su Creador, se entregó á las supersticiones mas groseras y repugnantes; en el Oriente, no llegaron nunca á borrarse del todo los restos de aquella ley natural, que ha nacido con nosotros, que lejos de abandonarnos, procura corregir nuestros estravíos, haciendo retumbar una voz atronadora en el fondo de nuestra conciencia; en el Oriente la relacion íntima, que existe entre lo físico y lo moral, se manifestó por sí misma y se dió á conocer casi instintivamente á todos los hombres. Así es, que en este vasto pais, las abluciones, que limpian el cuerpo de todas sus manchas, fueron consideradas en todas las edades, como una ceremonia religiosa y un medio muy eficaz de purificacion del alma, lavando sus culpas. Alberto Fabricio en su obra titulada: *Teología del agua*, se espresa en esta forma acerca del particular: «Los paganos hicieron siempre mucho caso de los baños no solo por la limpieza y aseo exteriores, si no tambien por haberlos considerado como parte de su religion. Ellos atribuyeron con especialidad al agua del mar la virtud extraordinaria de lavar las culpas, porque el agua salada y la que tiene mezcla de jabon, son por su naturaleza mas propias á quitar á los cuerpos toda su grasa. La Divinidad misma dió á los judíos varias leyes respecto á las abluciones y aspersiones, consideradas como medios de purificacion espiritual, como testimonios de arrepentimiento, como un acto de renuncia al pecado, y como un indicio precursor de la sangre del Mesías, que debía lavar nuestras culpas. Pero los paganos abusaron tanto de estas ceremonias, que las convirtieron en supersticion, é hicieron lo propio los herejes judaizantes de quienes dice San Epifanio: «Que pretendian servir á Dios con sus baños.» Mahoma instituyó tal vez las abluciones á imitacion de los judíos, y los musulmanes las practican con tanta escrupulosidad, que no las separan de los deberes asenciales de su religion (1).»

Pero no queremos pasar por alto en esta coyuntura, que los mahometanos tienen tres especies de abluciones: *mayor, menor y arenosa* ó *terrácea*. La primera y mas ordinaria, llamada *Ghust*, consiste en un baño completo de todo el cuerpo; la segunda, que se distingue con el nombre de *Abdest*, se limita á un baño de los cinco sentidos, á saber: las manos y los piés, los ojos, la boca, las narices y las orejas; la tercera, que se practica en los parajes que carecen de agua, ó que se prescribe á los enfermos por miedo de que el agua les perjudicára, consiste en frotarse todo el cuerpo con arena ó tierra.

En el reino de Siam, que es uno de los mas supersticiosos de las Indias Orientales, se celebra una ablucion general el primer dia de la Luna llena del quinto mes del año; y tanto los siameses como todos los demás indios, persuadidos de que las aguas del Ganges son santas y bajadas del cielo, compran el derecho de bañarse en ellas. Green, por último, que el morir en ese gran rio, teniéndose fuertemente asidos del rabo de una vaca, es la mayor de todas las dichas, porque trae consigo la certeza, á su entender,

(1) Véase Alberto Fabricio, *Teología del agua*, traducida d alemán al francés.—Haya, cap. VI, pág. 94 y siguientes.

de una eterna bienaventuranza. Este cúmulo de supersticiones ha santificado las aguas del Ganges en términos, que todas sus orillas están pobladas de edificios destinados á las abluciones de los fieles.

Los negros de Guinea se bañan todos los días al rayar el alba en honor de sus fetiches, y todos los africanos mas bárbaros, y que viven en un estado casi salvaje, hacen lo propio.

A pesar de que en el pasaje de Fabricio, transcrito arriba, está consignado que los judíos siguieron desde tiempos inmemoriales la costumbre oriental de las abluciones, juzgamos ahora muy oportuno apuntar en estas columnas algunas particularidades acerca del mismo argumento. Es de saber, pues, que Salomón colocó en el pórtico, que conducía al templo, una gran fuente llamada *Vaso de las abluciones* ó mas bien *Mar de bronce*, porque estaba hecha de este metal, y que era un privilegio exclusivo de los Levitas lavarse las manos en sus aguas antes de sacrificar y acabados los sacrificios; pero todos los judíos en general consideraban como un acto religioso lavarse las manos y la cara apenas salidos del lecho; y esta costumbre de sus primeros padres la observan todavía con tanta escrupulosidad, que no osarían tocar un objeto cualquiera antes de esta ablucion. Algunos rabinos modernos pretenden además, que no se debe, bajo ningun concepto, verter en el suelo el agua con que se han lavado, afirmando con mucha serenidad, que si alguien pisara esa agua, que juzgan impura, podría contagiarse; y hay otros mas meticulosos aun, los cuales sostienen que sería un gran pecado, y tal vez un crimen muy parecido á la fornicacion ó al adulterio, comer un cacho de pan antes de practicar las abluciones matutinas.

El último día del año el rey de Tonquín, reino del Asia que linda con la China, va á bañarse con todos sus cortesanos en uno de los ríos de sus Estados, á fin de que tengan entendido sus súbditos con esta ablucion alegórica, que aquel monarca con su corte comienza el nuevo año sin manchas ni culpa (1).

Las abluciones en la Edad media formaron parte de los juicios de Dios, que consistían en someter á los acusados de algun hecho ó crimen dudoso á pruebas favorables en un todo á los mas astutos, ó á los hombres dotados de una constitucion robusta y fuerte, suponiendo con insensatez, que en esas pruebas intervenia siempre la Divinidad en abono de los inocentes y contra los falsos acusadores. Fueron muchos y muy variados los juicios de Dios; pero se enlazan tan solo con las abluciones el del agua fria y el del agua caliente. El primero se ejecutaba en esta forma. Al acusado, todo desnudo, se le ataba el pié derecho con la mano izquierda, y el otro pié con la derecha, quitándole la posibilidad de todo movimiento, y luego se le echaba en una gran cuba de agua ó en un río, con una cuerda atada á la cintura, cuyo cabo tenia un hombre fuera del agua. Si el acusado iba al fondo, se le sacaba al instante de la cuba ó del río, tirando de la cuerda, y se le declaraba inocente; si sobrenadaba, se le suponía culpable. El segundo era mas sencillo. Al acusado se le dejaba vestido, y en el

pleno ejercicio de todos sus miembros; pero se le obligaba á coger con una mano un clavo, una piedra ó un anillo, puestos en el fondo de una gran caldera llena de agua hirviendo. Si sacaba el objeto sin dar muestras de dolor, y sin que la mano y todo el brazo sumergidos sufrieran alteracion, se le declaraba inocente; si sucedia lo contrario, se le juzgaba culpable (1).

Cuando en Grecia y en la antigua Roma, se condenaba al destierro á un ciudadano, la fórmula mas ordinaria de la sentencia, en vez de espresar el género de castigo, decia: «Se le prohíbe el uso del agua y del fuego,» porque las dos cosas son elementos muy necesarios para la conservacion de nuestra vida. Es cierto, sin embargo, que en la *Historia de los viajes* se habla de algunos pueblos mezuquinos y degradados hasta el extremo de ignorar el uso del fuego; pero no figura ningun pueblo, que viva ó haya vivido en parages del todo áridos y sin agua; cuando vemos por el contrario, que los hombres crecen y se multiplican en las tierras bañadas de fuentes y ríos caudalosos. Ni queremos dejar de advertir en esta circunstancia, que los primeros descubridores de nuevos países, nos refieren que entre los pueblos mas salvajes, que habitaban climas calurosos ó hielados, encontraron muy ordinaria la costumbre de bañarse en grandes ríos ó en el mar, lo que nos da á entender que el uso de los baños se pierde en la noche de los siglos.

De algunos pasajes de la Odisea, se deduce que en Grecia los baños calientes, fueron conocidos en tiempo del divino cantor de la ira de Aquiles y de los viajes de Ulises; y si es cierto lo que nos han dejado escrito los antiguos historiadores, podemos afirmar desde luego que en toda Grecia hubo grandes edificios contruidos para baños junto á los gimnasios y las palestras, porque los que se ejercitaban en la lucha, terminados sus ejercicios solían bañarse.

Pero ni los baños del Oriente ni los de Grecia llegaron á ser un objeto de diversion ni de mucho lujo como los de la antigua Roma; y aunque su uso ordinario es muy saludable, los romanos se excedieron hasta el extremo en usar de los baños, que Petronio en los dos elegantes versos, que ponemos á continuacion en prosa castellana, nos da á conocer primero lo mucho que perjudicó á los romanos su abuso, y luego la utilidad de su buen uso.

«Los baños, el vino, el amor, destruyen nuestro cuerpo.

«Los baños, el vino, el amor, conservan nuestra vida.»

Si queremos atenernos á lo que dice Plinio, podemos afirmar con certeza que los baños no se introdujeron en Roma hasta el tiempo de Pompeyo. La autoridad de este insigne escritor, es para nosotros de mucho peso; pero creemos, con fundadas razones, como vamos á esponerlo, que Plinio alude mas bien á la multitud de los baños públicos, establecidos á la sazón en Roma, que á su uso primitivo. En tiempo de Pompeyo los romanos conocían ya todo el Oriente, y habían adoptado gran parte de su lujo y muchas de sus costumbres; conocían aun mas la Grecia.

(1) Véase *Historia crítica de las prácticas supersticiosas*, etc., por el R. P. Le Brun, sacerdote del Oratorio, tomo 2.º págs. 241 y 42. París, 1750 (en francés).

En los *Eddas* se encuentran decretadas por las antiguas leyes escandinavas muchas penas, y principalmente la del agua caliente, practicadas durante la Edad media en Italia y en las Galias.

(1) Los que deseen tener mas noticias acerca de las abluciones, podrán consultar con preferencia las obras siguientes: *Enciclopedia del siglo XIX*: Noel, *Diccionario mitológico y Diccionario de orígenes, invenciones y descubrimientos*: Fabricio, obra citada: *Diccionario de la conversacion*. — Todas escritas en francés.